



LA MIRADA DE LOS RISHIS

Por Gustavo Canzobre

Por doquiera caminemos por la sagrada tierra de *Bharata Varsha*, nos topamos con las figuras, las historias y las enseñanzas de los *rishis*.

¿Quiénes son los *rishis*? Sabemos que se les atribuye ser los padres custodios de la enseñanza espiritual, de los conocimientos fundamentales de la vida que recibieron por revelación y transmitieron para la posteridad a través del *guru-shishya-parampara*, la tradición viviente de Maestros y discípulos. También se nos dice que siete fueron los *rishis* principales, por ello llamados *saptarishis*, aunque el nombre de quienes fueron esos siete puedan variar según las fuentes.

¿Pero qué significan para nosotros los *rishis*, qué podemos aprender de su naturaleza, más allá de la gratitud que les debemos?

La palabra *rishi* tiene una etimología discutida. Pero nosotros hemos aprendido en los comentarios al *Bhagavad Gîtâ*, que nuestra Madre amorosamente nos trajo desde India, nos dictó y conservamos cuidadosamente en nuestros cuadernos y

transmitimos a su vez a nuestros discípulos, que el *rishi* es el *Mantra-drashta*, esto es el que “ve los mantras”. Es el que tiene la percepción directa de la verdad que, en forma de mantra, de palabra, verbo, nos llega a los hombres como conocimiento liberador. *Drshta* proviene de la raíz sánscrita *drsh* que quiere decir ver, y de la que también deriva *dárshan* —visión espiritual— y *dárshana* —visión de la verdad recopilada por los sabios de las escuelas tradicionales—. Ser *rishi* es tener la capacidad de ver, de percibir directamente la verdad. Por ello, además de designar a ciertos sabios que históricamente forjaron la revelación védica, quien desarrolla esa visión será también llamado *rishi*, denotando un grado de comprensión de la verdad espiritual. O incluso *maharshi*, esto es un gran (*maha*) *rishi*, tal como la tradición hindú suele bautizar a sus más grandes sabios.

Nuestra práctica discipular más importante es el *shru*, la escucha, esa disposición interior que necesitamos cultivar para abrir los oídos de nuestros corazones y dejar que penetre en ellos la verdad que nuestra Maestra, con su gracia, nos derrama permanentemente. Y también todas aquellas verdades que el Señor nos transmite a través de la sinfonía de la existencia, que tantas veces, por tener esos oídos tapados, nos resulta una sucesión de ruidos inconexos.

Pero escuchar no es ver: necesitamos de la escucha, pues sin ella nuestra alma terminaría anémica y debilitada, pero ver es otra disposición del alma, esa disposición que los *rishis* han desarrollado, y que consiste en la evidencia certera de lo que la enseñanza señala, tan certera como indubitables son las imágenes que se nos presentan a nuestros ojos cuando vemos.

Clamaba Arjuna por ella cuando, desfalleciendo y desalentado sobre el campo de batalla, solicitó a Krishna que lo trasladara a un lugar desde donde pudiera contemplar con mayor claridad lo que estaba ocurriendo. Y así hizo el Maestro Krishna. Al igual que Jesús cuando, queriendo transmitir una verdad de particular profundidad a sus discípulos, “subió al monte, y abriendo su boca, les enseñaba diciendo”. Para poder ver la verdad se necesita un lugar apropiado desde donde mirar: distanciado y elevado.

La mirada del *rishi* es, pues, esa disposición del alma que permite ver la realidad de la vida desde otro lugar, con otra perspectiva y otra distancia. Cotidianamente nos pasa que estamos tan apegados a todo lo que vivimos que carecemos de esa perspectiva y esa distancia, y terminamos en una mirada pobre y distorsionada que, en lugar de liberarnos, aumenta nuestra ignorancia. Pues sin ella contemplamos al mundo desde la mirilla de la conciencia egocéntrica: todo lo vemos en función del gusto y el disgusto que las experiencias nos propo-

nen, y así no sólo no aprendemos, sino que nos hundimos más aun en el fango de nuestras pequeñeces.

El *rishi* es sabio, no porque posea una cantidad de conocimientos, sino por la profundidad de su mirada, por su destreza para “ver claro” allí donde nosotros vemos con el color de nuestros apegos. Otra de las raíces etimológicas con la que morfológicamente se relaciona la palabra *rishi* es la del verbo *arshati* que significa fluir, derramar: *rishi* es aquel que no opone resistencia y permite que la sabiduría fluya a través suyo, se derrame en su corazón y, desde allí, en el de los que le escuchan.

Como en relación a otros aspectos de la enseñanza espiritual, lo que ella nos señala como cualidades propias del sabio y expresión de su naturaleza, son para nosotros prácticas que, con esfuerzo, dedicación y alegría, hemos de buscar desarrollar e implementar.

Inspirados, pues, en el “*mantra drashta*” del *rishi*, en la profundidad de su alma para ver con claridad el significado de la enseñanza, buscaremos cultivar nuestras prácticas.

Entre tantos tesoros que nuestra Madre, en su sabiduría compasiva, nos ha entregado, recurrimos hoy al primero de los *Upanishads*. En su primer mantra, el *Isha Upanishad* nos sintetiza, con claridad meridiana, en qué consiste la mirada del *rishi*: “*Ishavasyam idam sarvam*”: todo en el universo está

cubierto por el Señor. Este mantra, del que el *rishi* tiene clara visión, ha de ser para nosotros motor y lema de nuestra práctica. La sabiduría del *Upanishad* nos invita a que hagamos nuestra esta disposición a mirar al universo, a todo el universo (*sarvam*) como estando cubierto por el Señor: tanto a los pájaros que se acercan a nuestro jardín o a nuestra ventana; a la paloma herida a la que podemos socorrer en una vereda; al perrito o gatito que convive con nosotros; al que alimentamos en la calle; a nuestro hermanos que nos alaban; al otro hermano que nos reprueba o nos mira poco amistosamente. Al entorno más natural que nos muestra con plena belleza la gracia del Señor, y también al entorno más artificial de la ciudad en que vivimos, que es también gracia del Señor que provee a nuestras necesidades, ya sea con la naranja que, desde los árboles de nuestro amado Francisco, nos esperan para endulzar nuestras vidas, y también de la naranja que llega a la góndola del supermercado gracias a los esfuerzos de todos nuestros hermanos que trabajan para ello.

Todo este divino circuito de la vida, sin distinciones entre lo natural y lo artificial, lo sagrado y lo profano; lo superficial y lo profundo, nos dice el *Isha Upanishad* que “está cubierto por el Señor”. Y al hacerlo nos señala esta mirada que, no siendo *rishis*, está claro que no tenemos, pero que la sabiduría del *Upanishad* nos invita a estimular, practicar y despertar.

Cultivando “*Ishavasya sarvam idam*” podremos desarrollar una de las primeras cualidades del *Amrita Ashtakam* del *Bhagavad Gîtâ*: “*maitrah karuna eva cha*”: actitud amistosa y compasiva hacia todos los seres vivientes. Porque siempre nuestras acciones son el resultado de la manera en que miramos el mundo. Si creemos que está perdido y poblado sólo de oscuridad, nuestra conducta será oscura o sin esperanza. Si por el contrario, nos estimula la mirada del *rishi*, si buscamos practicar y estimular la conciencia de que es el Señor quien cubre y se manifiesta en todas sus criaturas, la disposición de nuestras acciones se orientará hacia la misericordia y la compasión. Pues según como miren nuestros ojos, así actuará nuestro corazón.

¿Cómo hacer entonces para buscar estimular en nosotros la mirada del *rishi*? Acercándonos al Maestro. Es en la presencia del *Guru* y gracias a la irradiación de su Amor y sabiduría, que las pupilas de nuestros ojos se limpian y podemos contagiarnos de esa mirada que nuestra propia naturaleza no puede ofrecernos. Esta es la tan mentada iniciación que el Maestro da al discípulo y que tantas fantasías despierta en la literatura pseudo-espiritual. Al contacto con el *Guru*, nuestras almas pueden ver con una claridad que aisladas no tienen y de esa manera podemos lanzarnos a practicar la compasión y la misericordia hacia los seres vivientes que nos rodean. La cercanía del Maestro

actúa en nuestras propias almas como un imán que pone en movimiento las cargas eléctricas que estaban dormidas, y que, en su presencia, hacen que nos imantemos. Así, en la cercanía del Maestro, se nos revela la oculta presencia espiritual que yacía dormida en nuestro interior. Y se nos invita a fluir con ella, y que se derrame en nuestro ser.

La visita a los lugares sagrados también contribuye a contagiarnos de la mirada de los sabios. Y también la convivencia en el sanga, en la santa reunión de maestros y discípulos unidos en la búsqueda de un mismo ideal, como nuestros amados Miércoles de fiesta.

Cuando perdemos esa cercanía, cuando estamos lejos del Maestro, de los lugares sagrados y del *sanga*, el imán de nuestras almas se desactiva: nos “desmagnetizamos” y ya no somos imantados. No hemos perdido la divina capacidad de vibrar al unísono de la música espiritual; no se trata de que estamos discapacitados para el camino, sino de que nos hemos alejado de las divinas fuentes que despiertan la sagrada vocación del alma.

Por lo tanto, si esto nos pasa, debemos practicar la Sabiduría de upa: pues es en la cercanía, upa, que aflora la conciencia divina en nosotros. Upa es la presencia cercana de Dios, y nada más cercano a él que El Maestro, los Lugares Sagrados y el *Sanga*.

Los santos, los Maestros, los *rishis*, a la manera del rey Midas, transforman todo lo que los rodea en oro reluciente, pues su potente presencia hace que se desvanezcan los oscuros velos de la ignorancia que todo lo recubren. Es pues su cercanía la que habremos de buscar, y por la que habremos de clamar, y a la que habremos de agradecer al Señor si gozamos de la experiencia de poder vivir en upa, en la bienaventurada cercanía de un Maestro como nuestra Mamá. ¡Que su mirada acompañe por siempre nuestras vidas!

*Por el Prof. Gustavo Canzobre
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
